

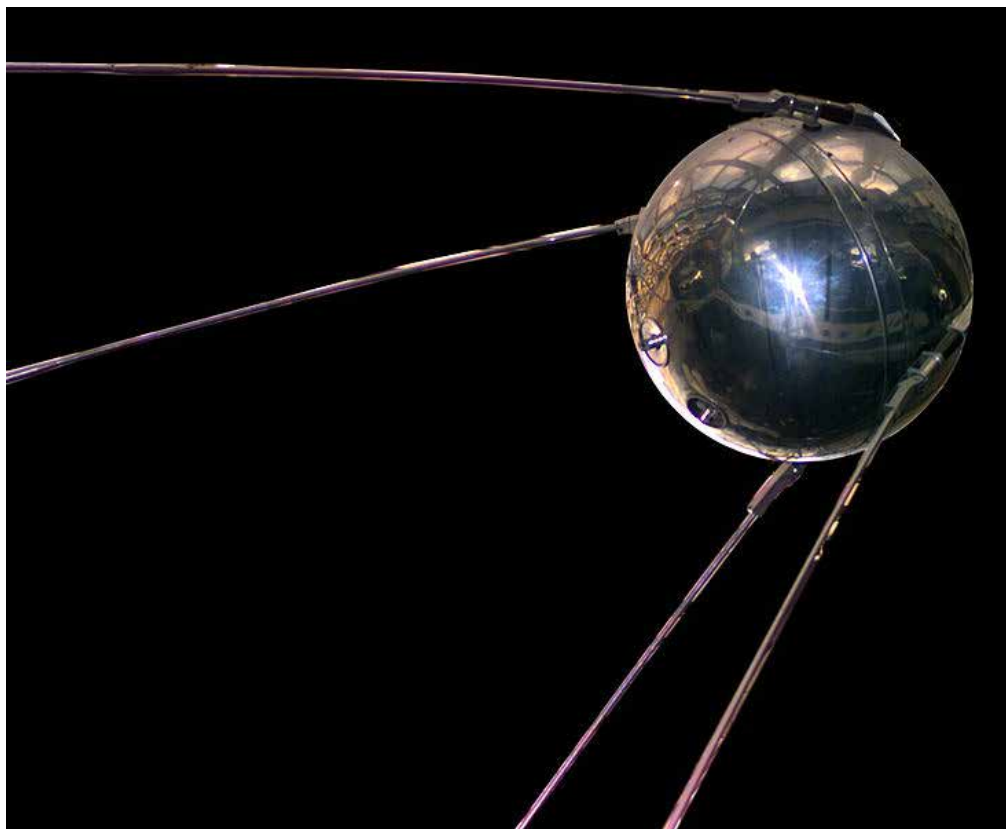


EL PIONERO

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

Seguramente muchos de nosotros aún no habíamos nacido cuando, hace 60 años, la Humanidad decidió abrir el caparazón de la Tierra y arriesgarse fuera del manto protector del mundo que le vio nacer. Fue un momento de gran emoción. El Sputnik fue el pionero, el primer mensajero que enviamos allá arriba para ver qué sucedía, cómo iba todo en las alturas, más allá de lo que nadie había logrado ir jamás. Con él se inició la gigantesca aventura intelectual y exploradora de nuestra especie allende los límites de nuestro planeta.



El Sputnik 1, réplica del original perteneciente a la NASA (NSSDC, NASA)

nadie había logrado ir jamás. Con él se inició la gigantesca aventura intelectual y exploradora de nuestra especie allende los límites de nuestro planeta.

No es fácil ni agradable dejar atrás la protección, la familiaridad, el cobijo de la atmósfera. Nunca fue sencillo para los exploradores terrestres abandonar sus hogares, fueran temporales o permanentes, y adentrarse en territorios nuevos. Aunque siempre hay (y habrá) osados que renuncian a lo más querido con el fin de despejar una senda nueva, lo cierto es que la búsqueda de prados, de sitios confortables aptos para el ganado y que produjeran alimentos, el anhelo de hallar un entorno que pudiéramos considerar “nuestra casa”, era en buena parte

lo que motivaba aquellos penosos esfuerzos del pasado de familias anónimas cada vez que irrumpíamos en un territorio desconocido.

Seguramente muchos de nosotros aún no habíamos nacido cuando, hace 60 años, la Humanidad decidió abrir el caparazón de la Tierra y arriesgarse fuera del manto protector del mundo que le vio nacer. Fue un momento de gran emoción. El Sputnik fue el pionero, el primer mensajero que enviamos allá arriba para ver qué sucedía, cómo iba todo en las alturas, más allá de lo que

El siglo que precede el actual, sin embargo, vio un nuevo modo de explorar, y con otra finalidad: hacerlo a distancia, como si manejáramos un cochecito a radio-control que recorriera las calles, entrando en las casas, escudriñando las tiendas, tomando fotografías, midiendo temperaturas, determinando lo que se cuece... en el barrio más cercano. Ahora no tratamos de conquistar

nuevas tierras para alimentarnos físicamente; lo que tratamos de nutrir es nuestro apetito de conocimiento, saciar la sed de saber qué hay en ese otro distrito. La diferencia es que el nuevo barrio no es terrícola; está fuera de la linde planetaria y para alcanzarlo necesitamos ingenio, inventiva, algo más que canoas, caballos y carros. Necesitamos volar muy alto.

Esto, que lo conseguimos hace muy poco en términos temporales, tuvo un primer paso, como es lógico. Un episodio de “a ver qué pasa”, en el que casi fuimos a ciegas tratando de dejar atrás esa capa de aire que nos permite vivir. Ello sucedió hace ahora 60 años, un 4 de octubre de 1957, cuando la antigua Unión Soviética puso en órbita alrededor de la Tierra el *Sputnik 1*, el primer satélite artificial de la historia.

No era gran cosa, como es de esperar: una esfera de 83 kilogramos de peso en la Tierra, y con un diámetro de unos 60 cm, cuyo interior contenía nitrógeno a presión, y provista de unas grandes antenas para transmitir datos. Parecía una fea araña metálica, pero logró su objetivo. Informó acerca de las capas altas de la atmósfera y de cómo se propagaban las ondas de radio por allá arriba.

Unos días antes de su lanzamiento, *Radio Moscú* anunciaba a la ciudadanía soviética qué frecuencia debían sintonizar en sus transistores para escuchar un sonido repetitivo y simple que procedía de un objeto que, por vez primera, iba a transmitir desde el espacio. El “bip-bip” que el *Sputnik 1* emitiría a la Tierra, dejando constancia de que estaba bien de salud, de que la radiación y el vacío no le hacían mella, es ya un icono de nuestra cultura.

Visto hoy parece algo irrisorio, tras lanzar sondas a los planetas y a los límites del Sistema Solar recorriendo miles de millones de kilómetros, pero toda gran aventura tiene un abanderado, un precursor, alguien que se puso en camino, cuando nadie lo había hecho aún. El *Sputnik 1* (“compañero de viaje”, en ruso) fue la semilla de la que brotarían todos los frutos posteriores (satélites, estaciones espaciales, sondas, etc.) y su periplo por el exterior de nuestro mundo un símbolo de lo que podemos conseguir si nos los proponemos.

No es el momento de hacer recordatorio de la disputa y el acicate patriótico ruso-estadounidense, que fue el responsable primario de la carrera espacial, como bien se sabe. Lo que cuenta son los frutos, los productos, las consecuencias. Y esos traspasan fronteras, están mucho más allá de los límites nacionales o de un país; ya son patrimonio de la Humanidad. Mas bien hoy, época de grandes colaboraciones entre países para el beneficio común, empieza a parecer aquella mentalidad como casposa, como propia de un tiempo ya superado. Las ansias chauvinistas de ser el primero, de poner la banderita de

turno, de entrar en los libros de historia antes que el rival/vecino, son ya casi un anacronismo.

60 años son toda una vida. Desde aquel tibio arranque han pasado muchas cosas. Ha habido éxitos increíbles, fracasos estrepitosos, sueños destrozados, sorpresas mayúsculas y un listado casi infinito de conocimientos inesperados y maravillosos. El *Sputnik 1* fue un *shock*. Actualmente es difícil hacerse una noción cabal de lo que supuso. Un punto y aparte. Un mundo nuevo cuyo velo empezaba a caer, un territorio cuyo fin es inconcebible, y que es nuestro destino.

Infatigable, llegó a dar más de 1.400 vueltas en torno a la Tierra, tardando hora y media en completar cada una. Desde la Tierra pudo verse, durante esos meses, como un punto de luz de sexta magnitud, difícilmente observable a simple vista.

Sus transmisores funcionaron durante veinte días, hasta que fallaron las baterías. Después, enmudeció, y su órbita fue reduciéndose hasta que el 4 de enero de 1958, apenas tres meses después de hollar el espacio por primera vez, se desintegró en la alta atmósfera del mismo mundo del que partió. Hoy en día hay varias réplicas del *Sputnik 1*, una de ellas en la embajada rusa en Madrid.

Inimaginable es conjeturar dónde estará la exploración espacial dentro de otros 60 años. Es decir, dónde estaremos *nosotros*. Es de suponer que ya habremos llegado a Marte, que tendremos bases permanentes en la Luna, y que quizá, quizá, tengamos noticia de otras formas de vida extraterrestre. Pero, venga lo que venga, será siempre apasionante. Una de los grandes placeres de explorar el Cosmos es que es imposible saber lo que nos aguarda, lo que encontraremos aquí o allá.

Una exploración que prelude, con su entrañable “bip-bip”, nuestro viejo y ya desaparecido “compañero de viaje”.

